

UN MES.

Madrid. 6
Prov. 3 meses. . . 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 60
Provincia. 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL SPERONARE, por Alejandro Dumas.—Uno id. y un cuadro de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

MOSCOU, Y LOS DIAMANTES DE LA CORONA.

La posición geográfica de Moscou, Moskow ó Moskwa, que todo es igual, forma un teatro digno de las suntuosas fiestas que ha ofrecido al orbe con motivo de la coronación de Alejandro II, emperador de Rusia. La circunferencia de la ciudad es de 45 kilómetros, pero es preciso comprender en esta enorme extensión tres ríos, estanques, lagos, arroyos, cuatro ó cinco mil huertas, arboledas y sitios cenagosos, de los cuales el menor no tendrá menos de una hectárea, ó sean 428,884 pies cuadrados, plazas públicas muy espaciosas, florestas, campos de cultivo, etc., etc.

Las casas, cuyo número asciende á veinte mil, se componen en su mayor parte del piso bajo y principal, y muchas solo constan de la planta baja. El Moskowka corta la ciudad en dos partes casi iguales. Dos pequeños ríos, el Jausa y el Neglinkaia, que nacen en el recinto de Moscou, desaguan en el Moskowka, rodeando un gran espacio del Kremlin.

La parte septentrional es la mayor y mas populosa. Las comunicaciones entre los diferentes cuarteles se verifican por treinta puentes. Los cuarteles en que la ciudad está dividida son cinco: el *Kitaigorod* (ciudad de los chinos), el *Bielogorod* (ciudad blanca), *Jemlenoigorod* (ciudad de tierra), y los *Slobodes* (arabales), llamados tambien *Niemetzgorod* (ciudad de los germanos); este barrio está habitado exclusivamente por alemanes. Cada una de estas partes de población tiene su fisonomía, su pueblo y sus costumbres particulares; sin embargo, la aristocracia las habita indistintamente.

El Kremlin ocupa el punto céntrico de la ciudad. Está construido sobre un terreno ligeramente desigual, en el ángulo que forman el Moskowka y el Neglinkaia, y rodeado de fuertes murallas con troneras y torres cuadradas ó redondas. Se entra por cinco puertas. La una de ellas, abierta bajo la torre de Ivan-Veliki, la mas alta de Moscou, es llamada por los rusos la *Puerta Santa*, porque una imagen de la Virgen, colocada en la parte superior, y delante de la cual arde eternamente una lámpara, es mirada

como el paladium del imperio moscovita. Dicese que esta imagen salvó á Moscou de la peste y del hambre, y en 1812 el incendio del Kremlin se detuvo en esta torre, por la cual no pasa ningún ruso sin descubrirse. La torre de Ivan-Veliki posee un número de campanas formidable, de las que formaba parte la famosa por su tamaño, la mayor del mundo, que se cayó en un incendio, y dentro de la cual podían comer veinte personas cómodamente.

El interior de la fortaleza solo contiene hoy monumentos de estilos diversos: un arsenal, el palacio del metropolitano, el del senado, treinta y dos iglesias, dos catedrales, la de San Miguel, que sirve de sepultura á los soberanos, y la de la Asunción, donde se consagran.

El Granavitaya-Palata, palacio antiguo muchas veces destruido y vuelto á edificar, de una arquitectura bizarra, grosera é indescriptible, ha sido trasformado en museo. En él están con-

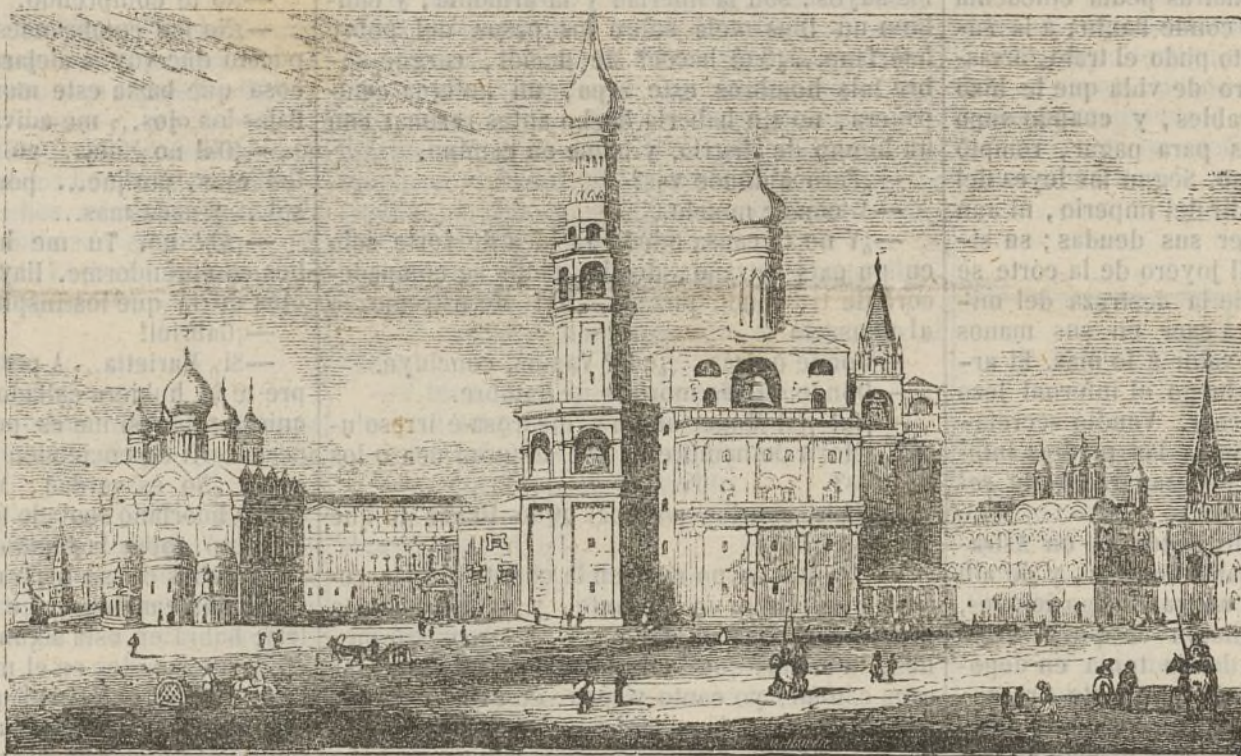
servadas las alhajas de la corona, los tesoros de los czares y el guarda-ropa de las ceremonias. Hay tambien en el Kremlin dos conventos, uno de hombres llamado Tchoudow, y otro de mugeres, Vosnesenskoï, donde en otro tiempo se enterraban las czarinas y las princesas de la sangre. Esta fortaleza, cuna de los czares y de la ciudad santa, está rodeada en forma de semicírculo por otra ciudad, el Kitaigorod, ciudad de los chinos, que á su vez en 1812 estaba tambien rodeada de murallas, torres y fosos, convertidos hoy en paseos y jardines.

«Aquí hay de todo, dice un viajero de Moscou; desde la arquitectura imponente y pesada de los templos de Elora, hasta las mas caprichosas fantasías del estilo morisco y del renacimiento. Todo ha sido mezclado, combinado, alterado; y si estas combinaciones híbridas no son siempre del mejor gusto, están muy lejos de carecer de efecto ó grandeza, y llevan el sello de una entendida originalidad.» Desde la plaza de Armas, situada en el interior del Kremlin, el espectáculo es admirable. A vuestros pies, y mas allá del recinto de la ciudad coronado de almenas, corre el Moskowka, cuyo lecho de plata, despues de cortar la ciudad en dos partes iguales, que se comunican por medio de espaciosos puentes de piedra, continúa su curso á través de un alegre horizonte. Mas lejos se estiende la ciudad, cuyos techos pintados de verde claro, mezclan sus tintas con el follaje de los jardines; innumerables campanarios de iglesias y monasterios elevan á la envidia sus cúpulas rivales, y atestiguan claramente el santo destino de Moscou, esa ciudad de la ciencia y de la plegaria, guardiana de la fe ortodoxa. Volved la vista á otro lado: teneis ante vuestros ojos las catedrales del Arcángel, de la Anunciación y de la Asunción: al frente el campanario de Ivan-Veliki, el czar de los campanarios, ese bronce fabuloso sacado por Mr. de Montferrand de la tierra donde se habia hundido pesadamente, monstruo de pie sobre su pedestal de granito, la abertura anchurosa que lo divide, y los pedazos enormes que faltan de sus costados. Seguid la corriente del Moskowka: vereis el nuevo palacio de los czares recién concluido. Vereis aun otro palacio: es la antigua morada de los soberanos de Moscovia, donde se conservan cuidadosamente los objetos que les han pertenecido. Hacia la puerta de San Nicolás, soberbias construcciones modernas que han reemplazado á las destruidas por el incendio; el antiguo y el nuevo arsenal, adornado el primero con cañones gigantes, llenos de recuerdos históricos; el segundo con todas las piezas tomadas por los rusos á sus enemigos durante las campañas de 1812 á 1815; seguramente pasan de ochocientos.

El mas opulento tesoro del Kremlin y de Moscou, es el de los diamantes de la corona imperial. Entre las piedras de inestimable valor que lo componen, las dos piezas capitales son dos diamantes, uno del tamaño de un huevo de paloma, tallado en facetas, al que los rusos han bautizado con el nombre de *Orloff*; el otro, llamado *Shah*, tiene la forma de un prisma irregular, y es del grueso y el tamaño del dedo. He aquí su interesante historia.

Perteneció en otro tiempo á los Sofies de Persia, y era uno de los enormes diamantes que adornaban la corona de Nadyr-Shah, y que los persas llamaban en lenguaje hiperbólico, al uno el *Sol de la mar*, y al otro la *Luna de las montañas*. Cuando Nadyr fué asesinado, el pillage se apoderó de sus tesoros, y sus piedras se repartieron entre algunos soldados, que como puede comprenderse fueron cuidadosos en ocultarlas.

Un armenio llamado Shafras vivia entonces en Basora con sus dos hermanos. Cierta dia un afghan se presentó á él, proponiéndole la compra de la *Luna de las montañas*; ademas una esmeralda y un rubí de tamaño fabuloso, y un zafiro de hermosísimas aguas, que los persas llamaban el *Ojo de Allah*, y hasta una centena de piedras preciosas de menos valor, y lo mas



Palacio del Kremlin.

raro del caso fué que pidió por todo una cantidad muy módica. Sorprendido Shafras de esta oferta, rogó al afghan que volviese, prestando que no tenía en su poder fondos bastantes para hacer la compra. El hombre de los diamantes concibió algunas sospechas de la mala fe de Shafras, y abandonó á Basora secretamente; los hermanos hicieron algunas salidas en su busca, mas no pudieron hallarle.

Algunos años despues, el mayor le encontró casualmente en Bagdad. Habia vendido todas sus piedras por 65,000 mil piastras fuertes y un par de excelentes caballos. Shafras hizo que le indicase la morada del comprador, que era un judío, fué á verle, le ofreció el doble y rehusó. En este estado los dos Shafras menores se reunieron á su hermano, y decidieron los tres asesinar al judío. Este proyecto se ejecutó en seguida; al dia siguiente envenenaron en un sorbete al afghan, y los dos cadáveres, metidos en un saco, fueron pasto de los peces. Muy luego se suscitó entre los tres hermanos una disputa sobre la particion de las piedras: el mayor se desbarazó de ellos de la misma manera que del afghan, y huyó á Constantinopla, de donde poco tiempo despues pasó á Holanda. Desde allí dió á conocer sus riquezas, y propuso su adquisicion á las principales cortes de Europa.

Llegó la noticia á Catalina II, que hizo proposiciones solamente á la *Luna de las montañas*. Se llamó á Shafras á Rusia y se le puso en comunicacion con el primer joyero de la corte. Las condiciones eran: títulos de nobleza, renta vitalicia de diez mil rublos, y otros quinientos de diez en diez años. Shafras pedia cincuenta mil rublos al contado. El conde Panin, á la sazón ministro, dilató cuanto pudo el trato, arrastró al armenio á un género de vida que le hizo contraer deudas considerables, y cuando supo que este no tenía medios para pagar, rompió brutalmente su compromiso. Segun las leyes del país, Shafras no podia salir del imperio, ni aun de la ciudad, sin satisfacer sus deudas; su situacion era embarazosa. El joyero de la corte se disponia á sacar partido de la destreza del ministro: el diamante iba á caer en sus manos por la cuarta parte de su valor á lo mas. El armenio comprendió desde luego el infernal lazo en que se le habia hecho caer. Vendió secretamente á algunos compatriotas las piedras inferiores, pagó sus deudas y desapareció de repente.

Diez años despues se le encontró en Astrakan, disponiéndose á pasar á Georgia, y de allí á Turquía; se le hicieron nuevas proposiciones, que no aceptó sino á condicion de que el trato se verificaria en Smirna, donde tenía en depósito sus piedras: esta era una prudente precaucion. Aceptó Catalina: le dió títulos de nobleza, seiscientos mil rublos en plata, y mas de sesenta mil de pension.

Las demas piedras que poseía pasaron á diferentes manos. Los rubies y el zafiro, que es el mas bello que existe en el mundo, pertenecen á la corona de Sajonia.

No pudiendo Shafras volver á su país, donde hubiera tenido que dar cuenta de dos homicidios y dos fraticidios, fijó su residencia en Astrakan y casó con una de sus compatriotas, de la que tuvo siete hijas. Uno de sus yernos le envenenó con setas ponzoñosas. La inmensa fortuna que dió al asesino este crimen, fué disipada en pocos años por sus hijos. Todavía existen en Astrakan muchos nietos de Shafras: todos viven en la mas abyecta miseria. ¡Justo fruto del *auri sacra fames*!

EL ARPA ROTA.

I.

El sol heria con su primera luz la gigantesca cúpula de San Pedro, cuando un muchacho de fisonomía franca y alegre, bastante mal vestido y conduciendo sobre sus espaldas un arpa, que á juzgar por las apariencias pudo haber servido al rey Salmista, salía de Roma por la puerta del Sur.

—¿A dónde vas, Gabriel? Le preguntó una muchacha que encontró en su camino.

—¿Lo sé yo acaso?

—¿Cómo que no lo sabes?

—Como que no lo sé.

—¿Entonces qué proyectos son los tuyos?

—¿Mis proyectos?... ¡Ah, mis proyectos! Son... Veras tú. Mis proyectos son muchos, solamente que ignoro si te los sabré explicar, ó si tú sabrás comprenderlos. Empezaré... si, empezaré por el principio. Suponte que yo he cumplido ya catorce años, que al nacer perdí á mi madre, y que mi padre la siguió... ¡Pero qué diantre! Todo esto lo sabes tú ya... Empecemos de nuevo. Supon tú que yo me levanté hoy por la mañana, sería... En fin, yo no sé la hora que sería, pero ello es que era muy temprano; la primera luz del alba tenía el cielo de mil colores brillantísimos; los pájaros se deshacían en cantares que el viento llevaba con un murmullo... Vamos, era una delicia. Yo, halagado por aquella música, me senti lleno de una animacion y de una alegría estrordinarias; apenas cabia dentro de mí mismo. Entonces me pregunté: Gabriel, ¿qué haces tú aquí?... ¿Por qué permaneces encerrado dentro de los muros de una ciudad triste y sombría, cuando la libertad es tu elemento? ¿No ves esas aves que apenas tienen suficientes fuerzas para volar, se lanzan al vacío alegres y dichosas, sin mas proteccion que la del cielo? ¿Pues qué haces tú que no las imitas? Esto me pregunté, y te confieso, Marietta, que no encontré razones con que responderme. Yo soy libre como el ave; como ella tengo fuerzas para volar; mis elementos, como los suyos, son la libertad y la armonia, y tambien un Dios vela sobre los pasos del pobre huérfano... ¿Qué hacer? Me decidí, cargué sobre mis hombros este arpa, mi antigua compañera, no sin haberla hecho antes resonar con un himno de alegría, y héme en camino.

—¿Pero á dónde vas?

—A correr mundo.

—¿Y no te causa miedo la idea de verte solo en un país extraño, donde nadie se compadecerá de tí, donde quizás... ¡Oh! Me estremezco al pensarlo.

—Donde quizás... ¿qué? Vamos, concluye.

—Donde quizás morirás de hambre.

—¡Ja! ¡ja! Muger al fin; medrosa é irresoluta... ¡Morir de hambre!... ¿Se mueren acaso los pájaros?

—¡Dale con los pájaros! ¿Qué tienes tú que ver con ellos?

—¡Lo que es no caer en la cuenta de las cosas! Escúchame un instante, y verás cómo te pruebo que mi vida va á ser, poco mas ó menos, la misma que la de las aves. Primero: las aves cantan, yo canto y toco, en esto las aventajo. Segundo: las aves saludan á Dios en su idioma, que El solo comprende, y Dios en pago las alimenta: yo saludaré con mis cantares á los hombres, y estos en cambio ¿no me darán siquiera para vivir? Vamos, responde ¿no es esto?

—¡Pobre Gabriel, qué niño eres!

—¿No parece sino que tú eres una vieja!... ¿Qué niño eres! Un año menos que tú... ¡Vaya, vaya!... ¿Por qué soy niño?

—¿Juzgas que es lo mismo cantarle á Dios para esperar de El la recompensa, que cantar á los hombres?

—Por supuesto. Los hombres no son tan malos como se dice. A mí por lo menos ninguno me ha hecho mal todavía.

—Quiera Dios que nunca te lo hagan.

—¡Bah! No temas... llevo conmigo un amuleto precioso que me defenderá.

—¿Un amuleto!

—Sí.

—¿Cuál?

—Míralo.

—¿El arpa!

—El arpa, si señora, el arpa. Riéte, si quieres, que no por eso dejaré yo de mirarla con menos veneracion. Aquí donde lo ves, este instrumento perteneció á mi madre, que lo heredó de la suya... Algunas veces, y esto es verdad como la luz de ese sol que nos alumbra, cuando despues de colocarlo junto á mi lecho de paja, me acuesto rendido de la fatiga del dia, si por casualidad el sueño entorpece mis párpados antes de dirigirme á Dios la corta ple-

garia que todas las noches le hago por mi madre, un rumor misterioso resuena á mi alrededor, y el arpa exhala una queja triste y armoniosa al par, como arrancada por el viento de la noche que juega entre sus cuerdas.

—¿Y bien?

—¿Sabes tú que es eso?

—No.

—El alma de mi madre, que me acompaña dia y noche, aprisionada en la caja de este pobre cuanto querido instrumento.

Al decir estas palabras, una lágrima se deslizó por la megilla de Gabriel, que abrazó su arpa con la misma ternura que un hijo estrecha á su madre.

A poco la pasajera nube de dolor que oscureció su frente, se disipó, dejando paso á su natural alegría.

—Vamos.... prosiguió diciéndole á Marietta; ¿qué te parece de mi amuleto? ¿No convienes conmigo en que en tanto que yo guarde esta herencia preciosa, seré bueno, y que en tanto que sea bueno seré feliz?

—Si me lo parece; pero sin embargo, creo que haces mal en marcharte.

—¿Por qué?

—Aquí todo el mundo te conoce, muchos te aprecian, y algunos... te aman.

—¿Me aman!... Sí... es verdad... pero...

—¿Por qué callas?

—Por nada...

—¿Dudas de que te amen?

—Amar!... ¡amar!... Es esa una palabra tan vaga... comprende tanto... tanto, que puede decir mucho y no decir nada, ó casi nada.

—No te comprendo.

—¿No me comprendes? Escucha, Marietta: supuesto que voy á alejarme, te quiero decir una cosa que hasta este momento te he ocultado... Bajas los ojos... me adivinas...

—¡Oh! no, no... yo no adivino nada... bajo los ojos, porque... porque... me hace mal el sol... y nada mas...

—¡Ah! no. Tú me has comprendido, tú debes comprenderme. Hay sentimientos que á los ojos de la que los inspira no se pueden ocultar.

—¿Gabriel!

—Sí, Marietta... A permanecer en Roma siempre te lo hubiera llamado, pero alejándome de tí quiero saber si me es posible alimentar una esperanza... Se encienden tus megillas... enmudeces... ¿No es verdad, Marietta, que cuando el pobre huérfano sentado á la orilla de un río caudaloso ó sobre la cima de una montaña, hiera las cuerdas de su arpa querida, haciéndola producir una cancion dulce que le recuerde su patria, habrá en esta alguna persona que crea percibir sus sonidos en el murmullo de la brisa de la tarde? ¿No es verdad que cuando el peregrino torne de su excursion, habrá alguna persona que enjague el sudor de su frente, que parta con él la pequeña fortuna que se haya procurado? Responde.

—Sí, Gabriel; parte, que yo rogaré por tí á la *Madonna*, y vuelve, que yo te esperaré.

—Marietta, no sabes el peso que me quitas del corazón... ¡Oh! ¡Qué felices seremos!... Verás, verás. No creas, aunque me esté mal el decirlo, ya tambien tengo mi poquito de talento... Toco el arpa que da gusto... en fin, tú lo sabes. Y ademas, hago canciones de pronto... así... pues... de repente... Y luego... ¡vaya!... tengo una porcion de habilidades. Ya verás, ya verás cómo me busco la vida. Ea, adios, Marietta.

—Adios, Gabriel...

—¿Y nos despedimos así?... ¡Un abrazo! Adios, adios.

—Adios. Que vuelvas honrado y feliz.

—¡Toma! ¡Como que volveré con el arpa!

Los jóvenes se separaron. Marietta permaneció en aquel mismo lugar, siguiendo con los ojos á Gabriel, que listo como una ardilla, se lanzó sobre el estribo de una diligencia que partía para Nápoles.

—¿Qué hace aquí este pillastre? Preguntó el mayoral en la primera parada. ¡Eh, arrapiezo! ¡Largo! Toma el camino á patitas, que mis caballos llevan bastante carga con los viajeros.

Gabriel obedeció; mas apenas habia descendido, se puso á recorrer las cuerdas de su arpa, en la que entonó una cancion del país, ligera y festiva.

—Dejadle subir, dijo al escucharle una señora: ¡pobrecito! Tan joven y ya solo en el mundo... ¡Qué gentil es, y con cuánta precisión toca!... Ven, hijo mío, ven; yo pagaré tu asiento. ¿A dónde vas?

—No lo sé, señora.

—No importa. Sube, siéntate aquí... nos contarás tu vida durante el camino.

Gabriel subió, abrazado á su arpa como de costumbre.

Mejor estaba yo en el estribo, se dijo para sí al cabo de una hora de viaje. En este cajón me ahogo, y cada momento tengo el alma entre los dientes, temeroso de que al menor vaiven se me rompa el arpa.

—¿Queréis que me dejen en tierra? Preguntó nuestro músico cuando ya habían dejado atrás los pasos mas difíciles de las montañas. Me falta aquí la respiración, y tengo ganas de andar. Tengo necesidad del aire libre. Gracias, señora. Gracias, caballeros. Que Dios, la Virgen y los santos os bendigan y os protejan.

Gabriel bajó del carruaje, y ya en el camino volvió á preludiar en su instrumento una melodía delicada y dulcísima, los viajeros le arrojaron por la portezuela algunas piezas de cobre y de plata, y la diligencia desapareció entre la nube de polvo que levantaban los caballos.

Gabriel recogió el precio de su música, besando con reconocimiento las monedas, y exclamando así:

—Dos de plata y cinco de cobre... Las de plata al fondo. Con las de cobre compraré un pan y cebollas, ó queso, ó frutas... ó... ¿qué se yo?... Con este dinero se puede hacer una comida opípara.

Después guardó las monedas, y haciendo una cabriola no muy exagerada por consideración al arpa venerable, añadió con una expresión de júbilo indefinible:

—¡Oh! ¡Bravo! ¡Magnífico! Mi vida se inaugura con buen pie. No son los hombres tan miserables como se empeñan ellos mismos en creer... El alma de mi madre habita aun el arpa, y me protege... ¡Arpa querida! ¡Tú serás la mas preciosa herencia para mis hijos!

II.

Nuestro ambulante músico anduvo algunos días al azar, y dirigiéndose á donde le llevaba su capricho.

Se detenía en las aldeas y en las posadas; cuando llegaba la noche se acostaba en cualquiera parte, pues con tal que estuviera junto á sí su instrumento favorito, lo mismo dormía en un establo ó en el desván de una granja, que en el palacio de los reyes.

Algunas noches le aconteció quedarse al raso, sin otro lecho que la grama mas ó menos mullida que crece al borde de los caminos. Entonces, con un cariño que rayaba en locura, se despojaba de una especie de sayo corto que era su única prenda, suficiente á preservarle del viento frío de la noche, y cubría con él su arpa, diciendo para sí: yo me duermo y no me causa incomodidad el frío, y mi arpa se destempera y se echa á perder con el relente de las madrugadas: cubrámosla, que ella es la que me gana la vida.

Estos con corta diferencia eran sus días y sus noches.

Una tarde se sentó á las orillas de un río, cuyas aguas corrían á sus pies para ir á estrellarse contra unas rocas, desde donde precipitándose de cascada en cascada, hasta caer en un hondo despeñadero, producían un rumor sordo y terrible.

Allí, contemplando la hermosura de aquel parage, se entregó á sus mas dulces recuerdos, á sus mas dulces ilusiones sobre el porvenir.

No creemos necesario decir que Marietta era la base de todas estas esperanzas, que como una brisa impregnada en perfumes, venían á refrescar su frente.

—¿Qué haces aquí, alegre trovador? exclamó dirigiéndose á Gabriel un joven de unos diez y siete años, que apareció entre las pomas del bosque, llevando una ligera y cincelada escopeta al hombro, y vestido con un magnífico traje de caza, cuyos elegantes adornos manifestaban la opulencia de su dueño.

Gabriel volvió la cara sorprendido.

—¿Qué haces, juglar ambulante?

—Escelencia, descanso.

—Bien dicho. ¿Y á dónde vas?

—Lo ignoro.

—¿Cómo que lo ignoras? Pues si tú no lo sabes ¿lo sabré yo?

—Lo sabe el tiempo.

—Espíciate mas claro.

—Yo voy aquí ó allá, según lo quieren el sol ó la lluvia, las estrellas ó la nieve.

—¿Y por qué?

—Porque según se presenta calculo mis jornadas, y viajo ó no viajo.

—Esto es original... ¿Y dónde están tus padres?...

—No los tengo.

—¿Ni parientes?

—Tampoco.

—Sin embargo, tú vendrás de alguna parte.

—Seguramente que no he caído del cielo.

—¿De dónde vienes?

—De Roma.

—¿Dónde has dejado tu maleta?

—Yo no conozco ese mueble.

—¿Pues dónde llevas tus ropas?

—Sobre el cuerpo.

—¿Luego tú no eres rico?

—Ni pobre.

—¡Jal ¡ja! Este muchacho me divierte; ¡qué original!... ¿Y qué sabes hacer?

—Ya lo comprendereis al ver este instrumento. Tocar el arpa y cantar.

—He aquí lo que yo busco... Ni pintado viniera mas á propósito... justo; así no me fastidiaré; tendré como los antiguos señores una especie de trovador, ó bufon ó músico... en fin, una de esas cosas que sirven para reírse. Escucha: tú vas á seguirme; yo vivo en aquel castillo que se ve allá abajo; te daré otro traje mejor que ese, y un cuartito para tí solo... por último, no te faltará nada; serás mi maestro de capilla, mi músico... en fin, me divertirás cuando esté de mal humor.

—Señor, perdonadme, pero eso es imposible.

—¿Imposible! ¿Y por qué?

—La calandria no gorjea sino al remontar el vuelo.

—Y bien, ¿eso qué quiere decir?

—Que dentro de una jaula no cantaría.

—¡Bah! ¡bah! déjate de alegorías, y sigueme.

—O: repito que es imposible.

—¿Pues qué vas á hacer no teniendo recurso alguno para vivir?

—¿Quién os ha dicho que no lo tengo?

—¿Cuál?

—Mi arpa.

—Tu arpa... Que no te evita el comer menzuros remojados en el agua de los ríos... ¡Valiente tesoro está tu arpa!

—¿Y qué queréis? yo vivo alegre así... el pan me basta, y aun cuando alguna vez me falte, no es culpa suya.

Al decir estas palabras Gabriel, dirigió una mirada cariñosa al antiguo instrumento, que reposaba sobre el césped y cerca de él.

—¿Eres orgulloso? preguntó el cazador desconocido.

—Soy libre... respondió Gabriel con un acento lleno de dignidad y de modestia.

—Pues si tú eres libre, yo soy testarudo hasta no mas. Y pues lo quiero así, es necesario que me sigas, aun cuando te llevara al fin del mundo. ¿Sabes tú quien soy? Soy Cayetano *della Freggia*; mi padre es duque, y señor de este país; tú estarás en mis dominios, y me debes obediencia. Con que en marcha.

—Permitidme que no os obedezca... Yo estoy á vuestro servicio... si me mandáis entonar alguna canción de mi país, porque tal sea vuestro deseo... en cuanto á lo demás, yo soy el servidor de Dios... y no de ningún otro.

—¿Sabes que me estás ya fastidiando con tus tonterías, y que me aburres terriblemente con tanto hacerte de rogar? ¿Sabes que yo estoy acostumbrado á salirme siempre con mi gusto, que mi madre no me contraría nunca, y que mi mismo padre no hace mas que lo que á mí se me antoja? Ea, pronto, en marcha, lo que yo te ordeno es para tu bien.

—Mi bien está aquí, dijo Gabriel con una sonrisa de satisfacción y señalando á su arpa.

—Todavía estás á vueltas con ese miserable trasto, exclamó *della Freggia* agarrando el instrumento, y considerándolo con un aire despreciativo; ganas me dan de arrojarlo á la corriente.

—¡Oh! no lo hareis, monseñor, interrumpió Gabriel, incorporándose, y con un tono mitad suplicante, mitad amenazador; no lo hareis: esa arpa es el emblema de mi libertad... mientras ella exista viviré libre y feliz... No lo hareis monseñor, no lo hareis.

—¿Qué! ¿Me amenazas? Pues supuesto que este arpa es el emblema de tu libertad, verás cómo en arrebatándotela, te obligo á seguirme.... Mira.

La acción siguió de cerca á las palabras, y el pobre huérfano vió su único tesoro sumergirse entre las olas, aparecer y volver á hundirse de nuevo, siempre arrastrada por la corriente hacia las rocas en que se estrellaba el río.

—¡Oh! ¡Dios te castigará! exclamó el infeliz con una voz ahogada por el dolor; acuérdate de GABRIEL SANGRE CALDO.

Dicho esto, se arrojó en el agua, confiando en su destreza, para salvar su tesoro... ¡Imposible! Pronto perdió pie, y á pesar de sus vanos esfuerzos comenzó á ser arrastrado por las olas hacia el despeñadero.

Cayetano permaneció inmóvil y lleno de estupor sobre la orilla.

—¡Oh! ¡Se ha perdido!... ¡Yo lo he matado!... prorumpió con un grito terrible al ver á Gabriel, que asido á su instrumento y luchando con la muerte, llegó al borde del abismo, donde se estrelló el arpa, que dividida en fragmentos se precipitó con Gabriel, á quien arrastraban las olas al fondo del despeñadero.

Cayetano lo siguió con los ojos llenos de terror, y como clavado en la ribera. Cuando todo hubo desaparecido:

—¡Yo soy su asesino! exclamó, cayendo al suelo como herido de un rayo.

(Se concluirá.)

EL TIGRE.

El tigre no se encuentra mas que en Asia y en las partes mas meridionales del Africa; no está moteado, pero tiene largas y anchas fajas en forma de círculo. Estas fajas empiezan en el lomo, se unen debajo, y forman en la cola anillos alternativamente negros y blancos. El mas grande de todos los tigres es el que se llama *tigre real*; es muy raro, de la altura de un caballo, es decir, que tiene cuatro ó cinco pies de alto, y hasta trece ó catorce de longitud; es mas temible que el *leon*: «Este, dice el ilustre Buffon, olvida frecuentemente que él es el rey, es decir, el mas fuerte de los animales; marchando con paso tranquilo, jamás ataca al hombre, á no ser provocado. No precipita sus pasos, no corre, no caza sino cuando le aqueja el hambre. El tigre, por el contrario, aunque harto de carne, siempre parece sediento de sangre; su furor no tiene otros intervalos que el tiempo que necesita para tender sus lazos. Asola el país que habita; no teme ni la vista, ni las armas del hombre; destroza las manadas de animales domésticos; mata á todas las bestias feroces, ataca á los elefantes jóvenes, á los cachorros de los rinocerontes, y aun alguna vez se atreve á desafiar al *leon*.» Es un tirano brutal que quisiera despojar el universo, para reinar solo en medio de las victimas que sacrifica: garras encorvadas y dientes carnívoros, he aquí las armas mas ofensivas que defensivas, que son los instrumentos de su apetito sanguinario. El tigre, muy largo de cuerpo y corto de piernas, tiene ojos hocos y centelleantes, lengua de color sangriento, y todos los caracteres de la mas ratera ferocidad: su cólera le hace devorar sus propios hijos, y desgarrar á la madre cuando quiere defenderlos. Felizmente la especie no es numerosa, y parece confinada á las comarcas mas cálidas de la India Oriental. Como la sangre le vuelve sediento, va á menudo al agua para extinguir la sed y sorprender á los animales que van á apagarla; frecuentemente abandona la presa que

acaba de matar para degollar nuevas víctimas; sumerge la cabeza en su cuerpo para absorber á grandes tragos la sangre, cuyo manantial acaba de descubrir, y que la mayor parte de las veces agota antes que su sed se haya extinguido. Cuando acaba de derribar á un caballo ó un buey, y teme ser interrumpido, los lleva á los bosques arrastrándolos con tanta ligereza, que apenas le hace aflojar la velocidad de su carrera. Este animal da saltos de muchas varas, y esta elasticidad de sus saltos es la que le hace tan terrible, porque no es posible evitar el efecto de ellos. En Sumatra y en algunos otros países, se edifican las casas sobre pies de bambú, para ponerse al abrigo de las incursiones de este furioso animal, y en el Ganges van algunas veces á nado para arrojar sobre los pequeños buques que están anclados, lo que hace que estén prevenidos, sobre todo durante la noche.

Se refiere el combate de un tigre contra dos elefantes. Hicieron entrar en un recinto de cien pies en cuadro, formado por una alta empalizada de bambúes, tres elefantes destinados á combatir al tigre. Llevaban un gran peto en forma de careta, que les cubría la cabeza con una parte de la trompa. Al principio no se soltó el tigre que debía combatir, sino que se le tuvo atado por dos cuerdas, de suerte que no teniendo libertad de lanzarse, el primer elefante que se le acercó le dió dos ó tres golpes con la trompa sobre el lomo. Los golpes fueron tan rudos, que el tigre fué derribado y permaneció algún tiempo tendido sobre la plaza, sin movimiento, como si estuviese muerto; sin embargo, así que se le desató, aunque aquel primer ataque hubo apaciguado mucho su cólera, se volvió á levantar, dió un grito horrible y quiso arrojar sobre la trompa del elefante que avanzó para herirle; pero éste, replegándola diestramente, la puso á cubierto con sus colmillos, que presentó al mismo tiempo, y con los que aguardó al tigre tan á tiempo, que le volteó por el aire. Tan aturdido quedó el animal, que no se atrevió ya á acercarse; dió muchas vueltas á lo largo de la empalizada, lanzándose alguna vez hacia las personas que aparecían en las galerías. Sacaron en seguida tres elefantes contra él, los que le dieron tan atroces golpes, que fingió una vez la muerte, y no pensó ya sino en evitar su encuentro. Le hubiesen muerto sin duda, si no se hubiese hecho terminar el combate.

Un buque de la compañía de las Indias, trajo hace algunos años, muchos animales extraños, y entre otros dos tigres destinados al duque de Cumberland. Este príncipe, queriendo ver cómo cazan estos animales su presa, hizo soltar uno de los tigres en una parte del bosque de Windsor, donde se había formado un espacio cerrado con tapices. Hicieron entrar allí un ciervo: el tigre corrió al punto hacia él, y quiso cogerle por un lado; pero el ciervo se defendió tan bien con los cuernos que le obligó á retroceder. No renunció el tigre al combate; volvió á la carga, é intentó coger al ciervo por el cuello, fué rechazado con la misma energía: en fin, al tercer ataque, el ciervo le arrojó á gran distancia de una cornada y le persiguió; el tigre entonces abandonó la lucha y se salvó en el bosque. Se refugió bajo los terlices, entre una manada de gansos, y cogió á uno de ellos que mató en el acto. Mientras le chupaba la sangre, dos indios encargados de guardarle, le echaron sobre la cabeza una especie de gorro; y habiéndose hecho de este modo dueños de él, le encadenaron, y después de hacerle comer el resto del ganso, le pusieron un bozal y le volvieron á conducir á su jaula. El duque de Cumberland dió libertad al ciervo que se había defendido con tanta valentía, después de haberle puesto al cuello un collar muy ancho de plata, en el que se había grabado la aventura del combate.

Se refiere que un tigre cachorro que tenían en un navío que hacía vela para Inglaterra, se escapó de su jaula y gateó la verga del gran mástil. Toda la tripulación se alarmó al verlo.

Un marinero fué bastante atrevido para subir al sitio donde estaba el tigre: púsole una cuerda al pescuezo. El animal, lejos de estar furioso, se dejó conducir así hasta su jaula. Parecía que el aturdimiento de este monstruo no hallando salida alguna en medio del agua, había cambiado sus costumbres; había llegado á ser casi dócil; al menos permitía la aproximación de su libertador. Se ven en las Indias tigres medio domesticados; pero los tienen con bozal, vendados los



El tigre.

ojos y atraillados. Los señores orientales los llevan en su comitiva, pero encerrados en jaulas ó encadenados sobre carritos.

La tigre da tres ó cuatro hijuelos, y su furor es estremado cuando se los quitan; desafía todos los peligros y sigue á los raptos, que para entretenerla la sueltan uno de los cachorros; se para, lo coge y se le lleva para ponerle en seguridad; pero vuelve á la carga algunos momentos después, y los persigue hasta las puertas de las ciudades ó hasta sus navíos, á menos que le hayan vuelto todos sus hijos; y si pierde toda esperanza de recobrarlos, exhala lúgubres gritos, maullidos horribles que hacen estremecer aun á los que los oyen desde lejos.

En las Indias, cuando el tigre se encuentra rodeado por los cazadores que le presentan sus venablos, se agacha sobre el cuarto trasero, y sufre largo tiempo los flechazos que le disparan; en fin, se escita su rabia y se lanza sobre los que le tiran; pero otros cazadores tienen la punta de sus chuzos vuelta hacia él, y le atraviesan en el momento en que está próximo á coger á sus compañeros; si le yerran, en un instante estrangula, destroza y arrebatá á los cazadores.

Los chinos estiman mucho las pieles de tigre; los mandarines militares cubren con ellas sus sillas en las marchas de ceremonia, y en la corte, los príncipes hacen de ellas colchas y cogenes para el invierno; pero en Europa, estas pieles no tienen un gran precio; se prefieren las del leopardo de Guinea y del Senegal. Los indios comen la carne de este animal, y no la encuentran mala. Hay quien pretende que el pelo de su bigote, tomado en píldoras, es un veneno para los animales y para los hombres. Si el hecho es cierto, acaso debe atribuirse á su dureza y aspereza, de modo que una píldora de esa naturaleza, obra sobre las membranas del estómago de la misma manera que un paquete de agujas pequeñas. También se dice que el tigre de tal manera teme el veneno de su bigote, que cuando va á beber en agua corriente se coloca paralelamente á la corriente del agua, por temor de tragar alguno de sus pelos.

Hay en América panteras casi tan grandes y tan bonitas como el tigre. Los indios las combaten con el esponton y la media pica. Los que habitan el país de las Amazonas, refieren que el crocodilo de este país tiene hasta veinte pies de longitud, y que saca la cabeza fuera del agua para coger al tigre cuando va á beber á la orilla del río: entonces el tigre hunde sus garras en los ojos del crocodilo; pero éste, sumergiéndose en el agua, arrastra consigo á su enemigo, que se ahoga antes que soltar su presa.

LA SANGRE Y LOS CABELLOS.

El buen rey David esclama: «la organización de mi cuerpo me llena de temor y de admiración.» Después da gracias á Dios.

Tal vez estarán persuadidos nuestros lectores de que nuestra sangre no encierra sino una sola sustancia, y se sorprenderán mucho al saber que se han descubierto muchas, muy distintas, todas diversas las unas de las otras. La sangre que se saca del cuerpo se divide á poco tiempo después en dos partes: la una es un fluido claro y transparente, la otra es una sustancia de color subido, y casi tan sólida como la carne. Al cabo de poco tiempo la parte sólida se divide en materia blanda y blanca: una multitud de pequeños glóbulos rojos que el microscopio solo puede hacernos distinguir, se forman allí; con la ayuda de este instrumento se ve que son transparentes y cubiertos de una piel rojiza. Al presente es preciso decir que todas las partes del cuerpo, aun las mas duras, la saliva, las lágrimas, la leche, los cabellos, las uñas, los huesos y los dientes provienen de la sangre; y como todas estas cosas se componen de una multitud de fibras ó filamentos unidos entre sí, se creeria que la reunión numerosa de estos glóbulos lo forma todo. Al hacer pedazos un pequeño trozo de carne magra bien cocida, la vereis dividirse como una madeja de hilos.

Los cabellos tienen una estructura particular y digna de estudiarse. Cada uno de nuestros cabellos forma un tubo delicado, en cuyo estremo se ve una hinchazón semejante á la cebolla de una flor que lo retiene unido á la piel. En los jóvenes ese tubo está lleno de una materia blanda de color subido, que da matiz á la cabellera; pero cuando uno es anciano, la materia colorante se transforma en médula seca, que se derrama en el medio, y el tubo, no teniendo color por sí mismo, parece de un blanco plateado. La sabiduría de Dios se despliega mas maravillosamente que en nada en la creación de nuestra pobre cabeza. ¿Cómo no amarle y confiarle á él? Cristo lo ha dicho: los cabellos de vuestra cabeza serán contados.

Los cabellos de ciertos animales tienen tan poca relación con los nuestros, que estaríamos tentados de negar que exista analogía alguna entre ellos. En muchos, sin embargo, podemos observar mas claramente que son tubulares. Las plumas de los pájaros son tambien cabellos bajo otra forma, y los vemos enteramente huecos en la parte llamada cañon, mientras que en el erizo, y mas aun en el puerco-espín, son puntas huecas y derechas en lugar de cabellos.

MISCELANEA.

EL VERDADERO POLITICO.—Luis XIV, habiendo oído alabar al lord Stais como un hombre tan bien educado que jamás había cometido la menor descortesía.

—Yo le pondré á prueba, dijo el monarca, que entendia bien aquellas cosas.

Algunos días después, el rey convidó al lord Stais á un paseo. Abierta la portezuela de la carroza:

—Subid, milord, dijo el príncipe.

Lord Stais, obedeciendo, entró el primero.

—No se equivocan, dijo el rey, sobre el carácter de este hombre; cualquiera otro hubiera hecho mil resistencias, y me hubiera impolitica-mente desobedecido por ceremonia.

LA DISTINCION DIFÍCIL.—Un presidente de un tribunal preguntaba á un célebre y sábio abogado por qué se encargaba con tanta frecuencia de causas malas.

—Señor, le respondió el abogado, he perdido tantas buenas que no sé ya cual tomar.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

cal le de Sta. Teresa, núm. 8.